

Esta respuesta heló á la desdichada jóven, porque conoció que ni una esperanza le quedaba de ser amada del hombre cuyo corazón pertenecía ya á otra mujer: á Luisa cuyo nombre habia pronunciado entre sueños.

—Pues eso me sucede á mí....

Respondió María con mareado dolor.

—¿Amas, prima mia?... ¿Y me lo has ocultado?... ¿Y quién es el que ha podido interesar ese corazón tan puro?...

—Ese es un secreto.

—Hace un instante me dijiste que no tenias secretos para mí.

—¿Es verdad!... dijo María con amargura.—Y sin embargo, hay uno que llevaré conmigo á la tumba.

—¿Luego amas sin ser correspondida?... ¡Pobre María, te compadezco!... ¡te compadezco!... sí; porque eso es mas cruel que la misma muerte!

—¿Es verdad que es muy cruel?...

—Yo, yo lo sé, María, y te compadezco.

La llegada de la madre de Miguel, puso fin á aquel diálogo que desgarraba el corazón de la desgraciada huérfana.

CAPITULO III.

Preparativos de boda.

Algun tiempo despues de haber tenido lugar las escenas del capitulo anterior, se disponian los esponsales que debian preceder al dulce enlace de dos seres que se amaban con toda el alma.

Tres personas, íntimamente interesadas en que se llevara á cabo aquella respetable ceremonia, se encontraban reunidas en una salita decentemente adornada, esperando con impaciencia la llegada del sacerdote y los testigos, por los cuales habian ido ya dos coches, uno de alquiler y otro particular.

Junto á la sala, en una risueña, clara y alegre pieza con vista á un pequeño huerto

cubierto de naranjos y de exquisitas flores, con esmero cultivadas, estaba preparada una mesa, sobre la cual se veían dorados platos con exquisitos dulces y pasteles, simétricamente colocados entre elegantes jarrones de porcelana de China con olorosos ramos de flores. En medio de la mesa, ocupando el primer término, se veía un templo alegórico, debido á la maestría del mas hábil confitero de la ciudad: las columnas, las paredes, la bóveda y el pavimento, eran lo mas delicado que en el arte de repostería pudo presentarse; junto á un altar se veía á Himeneo, gallardo jóven coronado de flores, con la antorcha nupcial en una mano y un velo en la otra, y sobre el extremo de la torre, á la Fidelidad y al Amor, estrechamente enlazados. Vinos generosos de los mas afamados, bizcochos de todas clases, almendras garapiñadas y cuanto el deseo puede apetecer respecto á frutas en almíbar, se encontraba en la mesa. Nada se habia descuidado para obsequiar dignamente á los convidados que debían sentarse á ella.

Nada faltaba, pues, sino el sacerdote y los testigos, á quienes esperaban con impaciencia los tres personajes que en la sala dejamos.

La novia, que era uno de ellos, estaba hermosa como nos pinta Fenelon á Calipso rodeada de sus ninfas.

En su hechicero rostro brillaban la alegría que inspira una dicha anhelada, y el pudor de un corazón vírgen, que envía á las mijillas el tinte purpúreo de la honestidad, que rodea á la mujer de un atractivo irresistible que cautiva al hombre.

El venturoso mortal que iba dentro de breves instantes á ver realizada su esperanza, participaba tambien de los mismos sentimientos de la jóven; una y otro parecían animados de una misma alma, dotados de idénticas afecciones.

En medio de estos dos seres, que se juzgaban los mas felices de la tierra, se veía á un anciano que les miraba con cariño paternal, que participaba de la alegría de ellos: pero á cuyos ojos se asomaban, de vez en cuando, algunas lágrimas que trata-

ba de ocultar á los dos jóvenes que le rodeaban, para no acibarar la dicha de sus almas.

—¿Por qué llora vd., padre mio?—dijo la joven descubriendo el mal reprimido llanto del anciano.—¿No está vd. contento de nuestra union?

—Sí, hija mia: en ella veo tu felicidad, que es todo lo que puede desear un buen padre que idolatra á sus hijos como yo te idolatro. D. Antonio es el hombre con que la Providencia trata de dulcificar, en parte, mi amargura.

—¡Ojalá!—contestó el joven—pudiera poner término á todos los males que desgarran ese noble corazón.

—Gracias, D. Antonio, gracias. La suerte de mi querida hija, Pilar, era la que mas me inquietaba; y puesto que dentro de breves instantes estará unida su suerte á la de vd. que la hará feliz, nada codicio; nada, sino volver á ver mi inolvidable Carlos, cuyo paradero ignoro.

—¡Padre mio!....—exclamó Pilar enternecida.—Yo espero que mi hermano apare-

cerá por fin para completar nuestra ventura. El cielo que nunca deja sin premio la virtud, le enviará á vd. ese consuelo, para que nada falte á la felicidad de todos.

—No lo espero yo así, hija mia. Dentro de pocos dias se cumple el plazo puesto por el gobierno para que los españoles salgan del país, y cualquiera que sea el motivo que impide á Carlos venir á calmar nuestra ansiedad, existirá tambien entonces, para que yo parta sin verle, sin abrazarle, sin llevarle en mi compañía.

—En la nuestra.—Interrumpió D. Antonio.—¿No hemos convenido en que seguiremos á vd. á España, hasta que las escenas políticas tomen otro giro, y se alce á los españoles la orden de expulsion?

—Sí, D. Antonio: vd. ocupará el lugar de Carlos; vd. que tanto interes se ha tomado por mí; vd. que abandona el suelo de su hermosa patria por seguirme al destierro; vd. que idolatra á mi amada hija, y que por dispensarnos tan distinguidas atenciones,

se ha atraído la enemistad de Rossi, nuestro comun enemigo.

—No hablemos mas de él.

—Es que no puedo desterrar una espantosa idea que me domina.

—¿Cuál?

—Olvida vd. que hace pocos dias, cuando se disponia vd. á ir á un baile de posadas, se presentó á vd. un caballero desconocido, suplicándole fuese á ver inmediatamente á un enfermo de gravedad; que vd. accedió en el acto; entró vd. en el coche que él mismo llevaba; que apenas tomó vd. asiento se arrojaron sobre vd. dos hombres que dentro estaban, le vendaron á vd. los ojos y le condujeron á una casa, donde quitándole la venda se encontró vd. con varios enmascarados que le obligaron á firmar un plan de conspiracion?

—No lo he olvidado, ni lo olvidaré jamas.

—Y á juzgar por el acento, no dudó vd. entonces que fueran extrangeros.

—De eso estoy persuadido.

—Pues bien, si entonces no quise manifestar sobre quién recaian mis sospechas,

ahora debo decir que no podia ser otro que Rossi, acompañado de algunos de tantos aventureros como infestan el país.

—Puede ser muy. Sin embargo.

—Déjese vd. de dudas. ¿No sabe él que ama vd. á Pilar?

—Sí.

—No le desafió vd. la noche en que me dejó arruinado?

—Sin duda.

—¿No le prometió á vd. vengarse?

—Cierto.

—¿Y no trató de asesinar á vd. villanamente aquella noche en que salia vd. de visitar á un enfermo?

—Como que gracias á mi ojo perspicaz, que me dió tiempo para verle y retirarme unos cuantos pasos, y luego á mis pistolas, le hice retroceder sin necesidad de dispararlas.

—Pues ¿cómo quiere vd. que no esté inquieto, cuando estoy persuadido de que ese malvado cumple lo que ofrece?

—No le temo; y estoy preparado para

probarle que mis armas son superiores á las suyas.

—Es que no se trata aquí de su valor.

—¿Pues de qué?

—De su maldad.

—¿Cómo?

—Tal vez en este momento pide el destierro de vd. presentándole como conspirador.

Don Antonio se sorprendió con aquella observacion.

—¿Qué ideas tan tristes dominan á vd., padre mio!

Dijo Pilar, participando del recelo que se habia apoderado de su mente.

—Sí; son tristes, hija mia; pero por desgracia están basadas en la razon. ¿Para qué sino para arrancarle á vd. de nuestro lado, le ha exigido esa firma?

—Pues bien—exclamó D. Antonio con resolucion;—para evitar que esa venganza nos alcance, salgamos mañana mismo de México. Soy rico, y todo lo dispondré para que no se detenga nuestro viaje.

—¿Y Carlos!...—Prorumpió D. Andrés con

el acento del mas profundo dolor.—¿Quiere vd. que yo parta sin saber lo que ha sido de mi amado hijo?

A esta observacion no supo que contestar D. Antonio, y los tres quedaron meditando.

Pilar, oprimida con el recuerdo de su buen hermano, á quien amaba entrañablemente, y cuya desaparicion la tenia en continuo sobresalto, no pudo reprimir el hondo pesar que despertaba en ella aquel recuerdo, y exclamó con el acento del mas íntimo pesar.

—¡Hermano mio!... ¡hermano mio!...

Y se quedó tristemente abatida, con la cabeza caída sobre el pecho, y nublados sus ojos por el continuo llanto que exhalaba el comprimido corazon.

—¡Pilar!—dijo D. Antonio conmovido por el dolor de la mujer que amaba.—¿Por qué te empeñas en amargar estos momentos en que van á unirse para siempre nuestros destinos?... Carlos vive; te lo aseguro; estoy convencido de ello; he preguntado por él á todo el mundo; he mandado practicar todas

2844

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

las diligencias para ver si se habia cometido en estos dias algun crimen; y nadie tiene noticia de haberse perpetrado asesinato alguno.

—¡Y sin embargo, él no parece!...—Contestó la jóven sin poder participar de la confianza de su amante.—¡Por qué, si es cierto que vive, como tú dices, no viene á consolar el corazon de su afligido padre y de su tierna hermana?...

—Tú sabes, Pilar, que de algun tiempo á esta parte, se han llenado las prisiones de personas tildadas de poco afectas al gobierno, sin que les haya sido posible comunicar á sus familias su desgracia.

—Es cierto.

—¡Y por qué no ha de ser Cárlos del número de esos perseguidos, á quienes tienen incóunicados, pero que saldrán en libertad tan pronto como se descubra su inocencia!

—¡Ah!... ¡quiera Dios que sea como tú dices, y no como recela mi alma siempre temerosa!

Y Pilar se quedó triste y reflexiva: su padre la miró con cariñosa compasion, y D.

Antonio cruzó los brazos con aire abatido, dominado por la profunda melancolía que advertia en el sér cuyas penas hubiera querido endulzar aún á costa de su vida.

—Os he puesto tristes, hijos míos:—exclamó despues de un instante D. Andrés, viendo retratado el pesar en el semblante de aquellos dos séres que se amaban:—los viejos no servimos mas que para presagiar desgracias. Me arrepiento de lo que he dicho: ¡por qué he de anticipar males que, tal vez, no vendrán á aquejarnos nunca? Pensémos en vosotros, en vuestra ventura, en el risueño porvenir que os espera.

—¡Cuán bueno es vd., padre mio!

Dijo Pilar, estrechando entre sus torreadas manos la fria y seca del anciano.

—¡Qué contento quedará Cárlos cuando vuelva á casa y sepa que vas á ser la esposa del mas generoso de los hombres! Porque él volverá, ¡no es verdad, hija mia? Sí; él volverá para que juntos recorramos la España, hablando siempre de México, de su rico cielo, de su benigno clima, de la belleza y sublimidad de su campiña.

Y D. Andrés se frotó las manos con manifestacion de alegría: hizo un esfuerzo para desterrar de su memoria todas las ideas lúgubres que le tenían abrumado, y habló en voz alta, creyendo que con el ruido de ella, dejaría de oír el grito de su corazón que le anunciaba irreparables desventuras.

Pilar y D. Antonio, engañados por el fingido placer que demostraba el anciano, volvieron á entregarse al regocijo que experimenta el alma cuando mira próximo el bien que codicia.

—Nuestro destierro—dijo D. Antonio lleno de entusiasmo—no será de lágrimas, sino de satisfaccion y de contento.

—Siempre me ha inspirado terror la idea sola de cruzar el mar;—advirtió la jóven—pero ahora me siento tan animada, deseo tanto conocer el país de mi amado padre, que el que antes consideraba peligro, me parece, al presente, un camino risueño y pintoresco, digno de ser visitado y conocido.

—Irémos á Madrid;—repuso D. Andrés tratando siempre de desterrar sus tristes

ideas;—nos pasearémós en aquel delicioso retiro, cubierto de laberintos y de fuentes; adornado por un magnífico estanque lleno de peces de colores que tiene trescientas varas de largo y ciento cincuenta de ancho: verémos el suntuoso Museo de Pinturas, que cuenta con dos mil quinientos cuadros de los mas afamados pintores que ha producido el mundo, como Rafael, Rubens, Juanes, Velazquez, Murillo y el Ticiano: visitarámos la América Real, donde se ve desde la silla en que montaba el Cid, hasta las brillantes armaduras de nuestros grandes guerreros; y admirarámos, por último, las bellísimas fuentes de la Granja, el grandioso Escorial, los hermosos jardines de Aranjuez, y cuanto de notable encierra la córte de los reyes de España.

—¡Con qué placer he escuchado á vd., padre mio!—Dijo Pilar radiante de alegría.—¿Qué puede faltar allí á nuestra felicidad, cuando en medio de esas maravillas tendrémos á nuestro lado las personas que mas amamos en la tierra?

Y la jóven y D. Antonio se dirijieron una

de esas miradas llenas de ternura y de amor que embriagan el alma, derramando en ella las inefables dichas que encierra una pasión correspondida.

A completar el placer de que estaban inundados, vino el ruido de dos coches que se detuvieron en aquel momento en la puerta de la calle.

—Ahí están ya el sacerdote y los testigos.

Exclamó, sin poder ocultar su gozo, el enamorado joven. D. Andrés se dirigió á la puerta de la sala para recibirlos, y Pilar se puso encendida como una grana.

—Ha llegado el momento tan anhelado por mí, y apenas me atrevo á creer en mi dicha.

Dijo D. Antonio á Pilar en voz baja, mientras D. Andrés se adelantaba á recibir á los esperados personajes.

—Yo estoy temblando como la hoja del árbol.

Contestó la joven sintiendo el ruido de los golpes que daba su corazón dentro del pecho.

El ministro del Señor, seguido de los tes-

tigos, penetró en la sala, saludó á los novios, y poco despues, colocados todos en rededor de la mesita que estaba en medio de la pieza, se dió principio al interrogatorio que, en tales casos, se hacen á las personas que van á unirse por toda la vida. Pero aun no habia el sacerdote acabado de formular la primer pregunta, cuando se presentó un criado, diciendo:

—Un oficial, seguido de algunos soldados, pregunta por D. Antonio Miron.

A la palabra soldados, se pintó en el rostro del sacerdote y en los semblantes de los testigos, la sorpresa; en D. Andrés el terror, en los novios la amargura y el espanto.

—¡Me lo esperaba!

Exclamó al fin el anciano, rompiendo el silencio.

—¿Cree vd., padre mio—dijo Pilar pálida como un cadáver—que la llegada de esa tropa, trae por objeto destruir nuestra felicidad?

—Sí, hija mia; mi corazón me habia anunciado un funesto contratiempo que se empieza á realizar,

Don Antonio, á quien las grandes desgracias prestaban mayor energía y resolución, dijo con acento firme:

—Don Andrés, hermosa Pilar, es preciso no entregarnos al dolor y á la tristeza: sea cual fuere la misión que trae la fuerza armada, no debe amilanar nuestras almas: además, es preciso no aventurar conjeturas que están, tal vez, muy lejos de la verdad.

Y luego dirigiéndose al criado que esperaba la contestación, añadió:

—Dí, á ese caballero oficial, que pase.

Un jóven como de veinte años, de simpática figura y de finos modales, penetró en la sala.

—Siento—dijo con afable voz—venir á molestar á tan distinguidas personas; pero mi obligación como militar, que no puede faltar jamás á las órdenes que recibe, por doloroso que le sea cumplir con ellas, espero que será para con vdes. mi mejor disculpa.

—Señor oficial—contestó D. Antonio—yo le doy á vd. las gracias por esos nobles

sentimientos, y puede vd. estar persuadido de que, sea cual fuere la misión que trae vd., no disminuirá en nada el aprecio que me ha inspirado su buena educación.

—Mil gracias.

—¿Preguntaba vd. por mí?

—Por D. Antonio Miron.

—Vea vd. qué me manda, pues yo soy.

—Lea vd. esta orden.

D. Antonio leyó un papel que le entregó el oficial, y exclamó:

—¿Quiere decir que tengo que marchar en el acto?

—Sin detenerse un instante.

—Pero de qué se me acusa?

—Su nombre de vd. figura en la lista de los conspiradores contra el gobierno.

—Señor oficial, esa firma me ha sido arrojada por fuerza, sorprendiéndome en una casa por enemigos personales.

—Lo creo; pero ya vd. ve que, por persuadido que yo esté de su inocencia, no tengo facultades para obrar según mi convicción. El tribunal oirá los descargos que vd.

haga, y estoy seguro de que, si como creo, es vd. víctima de infames enemigos, éstos serán castigados. Al gobierno le han presentado un plan de conspiracion, donde aparece vd. como uno de los principales miembros de la revolucion, y al mandar aprehenderle, no hace mas que cumplir con los deberes que tiene de conservar el órden.

—Muy lejos estoy de censurar al gobierno por este acto.

—En ese caso, espero se dignará vd. seguirme sin detenerse.

—¿No me permite vd. que demos conclusion á un asunto que nos ocupaba?

—Siento mucho verme obligado á negar á vd. lo que solicita; pero tal es mi órden.

—En ese caso, la respeto y no replico.

Pilar, que habia presenciado toda aquella escena sorprendida y en silencio al lado de su amoroso padre que la estrechaba contra su corazon, empezó á verter un torrente de lágrimas.

—¿Te vas? ¿Te vas?...—exclamó desprendiéndose de los brazos del anciano y corriendo adonde estaba su amante:—¡Ah....

esta separacion me asusta.... me hiela el corazon!....

—¡Cálmate Pilar!—contestó D. Antonio, tratando de consolarla:—Pronto volveré: haré ver mi inocencia, y nadie podrá despues separarme de tu lado.

—¡No!... ¡Me parece que esta separacion es para siempre!....

Y Pilar sollozaba sin consuelo.

—Ahorradme, D. Antonio—dijo el oficial—el dolor de presenciar, por mas tiempo esta desgarradora escena.

—Tiene vd. razon, señor oficial: estoy abusando de la bondad y deferencia que le distinguen. ¡Adios, ángel mio!—añadió abrazando tiernamente á su inconsolable Pilar. ¡Adios, padre mio!....

Y ocultando el llanto que empezaba á asomar á sus ojos, y desprendiéndose de su amada que le tenia fuertemente estrechado contra su pecho, salió de la sala, y siguió al oficial.

D. Andrés fijó los ojos con paternal cariño en su desventurada hija: ésta, al ver alejarse al hombre que amaba, miró á su der-

redor, y al contemplar á su padre que le esperaba con los brazos abiertos, se arrojó en ellos sollozando y mezclando sus lágrimas con las de aquel que nunca la abandonaba en su desgracia.

CAPITULO IV.

La actriz.

Miguel se encontraba del todo restablecido. La herida recibida en el pecho se habia cerrado completamente, aunque no así la del alma, que era cada dia mas incurable y profunda.

María y Enrique habian velado á su cabecera durante el riesgo de su vida; y los tiernos cuidados de aquella y la dulce amistad de éste, fueron un bálsamo que influyó de una manera activa en su pronta curacion.

El entendido médico que con tanto acierto y asiduidad le habia curado, hacia cuatro dias que se habia despedido, encargándole que procurase distraerse y divertirse: pero Miguel, semejante á Prometeo, á quien

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO